

El Desarrollo de la Conciencia Moral Mirado desde la Inteligencia Emocional.

Gilberto Cely Galindo¹

Recibido Junio 22 de 2021 Aprobado Julio 15 de 2021

Resumen:

Occidente ha sido heredero del pensamiento greco-romano que enfatizó la inteligencia masculina como la capacidad humana fundamental para liderar la organización y el gobierno de la polis. Era la inteligencia propia de los filósofos. Y para ese entonces, la filosofía era la ciencia. Con esta herencia vino también la creencia de que el hombre -y no la mujer- es el propietario de la inteligencia abstracta, conceptual, especulativa y estratégica. En este modo de razonar no se distinguía, como en nuestros días, entre inteligencia racional y emocional. Pero si se tratara de emociones y sentimientos, eso era cosa de mujeres y de niños, poco fiables. Hasta nuestros días, los estudios sobre la conciencia moral han tenido la impronta racional, desconociendo que el desarrollo de la conciencia moral pasa por las emociones y sentimientos y que estos, por ser humanos, conllevan gradientes de moralidad. También los sentimientos morales pasan por relaciones ineludibles con la naturaleza, pues de ella emergen en autopoiesis evolutiva hasta convertirse en cultura. Ha sido un terrible error del pensamiento occidental la separación antagónica que ha establecido entre naturaleza y cultura, causante de la crisis ambiental y otros muchos demonios.

Palabras claves: inteligencia, emociones, sentimientos, afectividad, moral, ética.

The Development of Moral Conscience Looking from Emotional Intelligence

Summary:

The West has been the heir of Greco-Roman thought that emphasized masculine intelligence as the fundamental human capacity to lead the organization and government of the polis. It was the intelligence proper to philosophers. And by then, philosophy was science. With this heritage also came the belief that man - and not woman - is the owner of abstract, conceptual, speculative

¹ Gilberto Cely Galindo, profesor-investigador de Bioética en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Autor de 20 libros y 44 artículos de Bioética publicados en revistas científicas. E-mail: gcely@javeriana.edu.co

and strategic intelligence. In this mode of reasoning, it was not distinguished, as it happens in our days, between rational and emotional intelligence. But if it were about emotions and feelings, that was a matter for women and children, unreliable. Up to the present day, studies on moral conscience have had the rational imprint, not knowing that the development of moral conscience passes through emotions and feelings and that these, because they are human, entail gradients of morality. Moral feelings also pass through inescapable relationships with nature, since they emerge from it in evolutionary autopoiesis until they become culture. It has been a terrible mistake of western thought the antagonistic separation that has established between nature and culture, causing the environmental crisis and many other demons.

Keywords: intelligence, emotions, feelings, affectivity, moral, ethics.

Rasgos culturales dominantes y ya no más de lo mismo

El tema del desarrollo de la conciencia moral ha sido abordado en Occidente helenizado como parte del fenómeno cognitivo, centrado en la capacidad racional abstracta humana que nos diferencia de los otros seres vivientes del planeta y nos da supremacía sobre ellos. No somos seres racionales únicamente. Somos seres emocionales que razonamos. Y razonamos bajo la fuerte influencia de las emociones² que se mueven en una

gama muy amplia entre los extremos del placer y del dolor, vasto escenario por donde circula la vida humana forjándose en valores morales necesarios para la convivencia y búsqueda de sentimientos de felicidad personal. Sentimientos simultáneamente estéticos y éticos que una buena educación debe propiciar por encima de formar especialistas, como dice Einstein.³ Venimos al mundo precableados biológicamente

² Según los estudios realizados por Ekman y su equipo (1983), estudios que han tenido un amplio reconocimiento, las emociones básicas innatas son seis, relacionadas con el sistema nervioso autónomo: sorpresa, asco, tristeza, ira, miedo, alegría. Las emociones son reacciones psicofisiológicas adaptativas inmediatas y automáticas del individuo humano ante los estímulos del entorno externo e interno. Ellas alertan al sistema endocrino y cerebral como al resto del organismo, preceden a los sentimientos, y evolucionan con la edad de las personas en coherencia con las culturas e influencias educativas. Así que, además de ser innatas, también son aprendidas. Por el hecho de ser reacciones psicofisiológicas innatas e inmediatas, en sí mismas no llevan connotación moral porque carecen de reflexión comprometedor de la voluntad libre intencional en actos de conciencia. Como decíamos, las emociones preceden a los sentimientos, pero no hay que confundir estas dos realidades. Los sentimientos ya contienen un nivel de cognición y de intencionalidad que les confiere connotación moral porque son empáticos, se adquieren al socializar, al compartir experiencias vitales re-ligantes con los prójimos y sentir con ellos sus alegrías y tristezas, lo cual compromete existencialmente libertades a ser corresponsables. Es posible que los autores de la

“Inteligencia emocional” no establezcan mayores diferencias entre emociones y sentimientos, o pensando en que la gente del común no hila delgado en estas diferencias sería más empático bautizar con el nombre de Inteligencia emocional este modo más pragmático de cognición que conecta rápidamente con la conciencia moral. Presumo que así lo asumió Adam Smith con su teoría de los “Sentimientos morales”.

³ Albert Einstein piensa que una formación en sentimientos morales es preferible a una puramente intelectual. “No basta con enseñar a un hombre una especialidad. Aunque esto pueda convertirlo en una especie de máquina útil, no tendrá una personalidad armoniosamente desarrollada. Es esencial que el estudiante adquiera una comprensión de los valores y una profunda afinidad hacia ellos. Debe adquirir un vigoroso sentimiento de lo bello y de lo moralmente bueno... Debe aprender a comprender las motivaciones de los seres humanos, sus ilusiones y sus sufrimientos, para lograr una relación adecuada con su prójimo y con la comunidad. (...) Es de la mayor importancia el anhelo de lucha en pro de una estructuración ético-moral de nuestra vida comunitaria. En ese punto no hay ciencia que pueda salvarnos. Creo realmente que el excesivo hincapié en lo puramente intelectual (que suele dirigirse sólo hacia la eficacia y hacia lo práctico) de nuestra educación, ha llevado al debilitamiento de los valores éticos”. Einstein, A. (1983) Sobre la teoría de la relatividad. Madrid: Ed. Sarpe, pp. 241- 253.

para preferir el placer y distanciarnos del dolor hasta donde sea posible, como tendencia natural, lo que implica pensar en una teoría bioética que haga sinergias con dicha tendencia. El presente texto camina en esa dirección con los sentimientos morales.

Recurrimos, con todo respeto y admiración, a la Grecia clásica (últimos cinco siglos antes de Cristo), como introducción ilustrativa y rápida al tema del desarrollo de la conciencia moral desde la inteligencia emocional. ¿Por qué Grecia? Porque la cultura helenística ha sido la fuente de inspiración de la mayoría de pensadores y cultores de nuestra civilización occidental.

Y comencemos por la parte más caliente que vincula al tema que abordamos en este artículo con la cultura helénica. Pensaron los filósofos griegos que el hombre, y no la mujer, es por naturaleza quien debe liderar nuestra especie en virtud de su capacidad racional y supuesta objetividad para tomar decisiones, llevar el gobierno, y por su musculatura física para realizar tareas de poder tan rudas como la guerra, la política y el trabajo material. Recordemos que, tanto el Peloponeso como las islas cercanas fueron víctimas de asedios bélicos de Esparta y finalmente de Roma. En estas condiciones hostiles florecieron la filosofía, las artes, las ciencias, la democracia y cuanto nos dejó en herencia el talento helénico.

A los hombres se les estratificaba por sus oficios entre artes liberales y artes serviles. Los dedicados a las artes liberales tenían los máximos privilegios. Eran los políticos, los médicos, los altos militares, los sacerdotes, los comerciantes, los artistas, los deportistas y, sobre todos ellos, los filósofos, dedicados a pensar, enseñar y gobernar pues eran los más eruditos. En las artes serviles estaban personas de ambos sexos: herreros, textiles, obreros de la construcción, artesanos, agricultores y los esclavos.

La mujer, en Grecia, como en el resto de las culturas patriarcales y en la mayoría de las etnias del mundo, estaba incardinada a la voluntad del varón. En el inconsciente colectivo existía la equívoca distinción entre sexo fuerte y sexo débil, tremendo error que aún persiste a lo largo y ancho de nuestras sociedades actuales. Se consideraba al sexo femenino inferior respecto al masculino, porque su lógica era más emocional-intuitiva que racional-analítica y sus juicios no eran de fiar porque dependerían de estados de ánimo cambiante, de presiones psicológicas y de la fragilidad corporal (sexo débil) para defender sus emprendimientos. Las mujeres permanecían analfabetas y su educación era únicamente para las tareas del hogar. En consecuencia, los roles femeninos estaban confinados al interior de la casa en las labores domésticas, a la procreación, al cuidado de los niños y a satisfacer las apetencias del marido. Esto último se complementaba con la amistad del efebo, privilegio de aquellos maridos notables y adinerados.

Así que la mala comprensión de estas dos lógicas de pensamiento sirvió para asociar la inteligencia al poder y ambos -inteligencia y poder- a favor de la especulación racional considerada propia del género masculino. Esto prevaleció en Grecia y en otras culturas con sus religiones, llegando hasta nuestros tiempos con el nombre de "machismo", en sus múltiples expresiones, a pesar de las ganancias históricas en liberación femenina, en derechos humanos y en equidad de géneros. La supremacía del hombre sobre la mujer tiene raíces históricas tan antiguas en las tradiciones culturales, que no ha sido posible subvertir estas aberrantes costumbres aún en la mentalidad femenina de muchas de ellas que le encuentran ventajas a mantener el *status quo*. Pero hay que persistir en lograr estos cambios, respondiendo siempre dos preguntas: ¿qué tipo de sociedad deseamos? Y ¿qué se gana y qué se pierde en dichos

cambios?, aplicando el criterio bioético de la proporcionalidad.

El presente artículo, aunque no tiene como objetivo central discutir el tema ético-moral de la injusta sumisión histórica de la hembra al macho en la especie humana, sí encuentra pertinente destacar el vínculo que el imaginario colectivo ha establecido milenariamente entre el desarrollo de la conciencia moral individual y social y el tipo de razonamiento o inteligencia que otorga privilegios sociales al varón y se los niega al género femenino. La inteligencia y la sexualidad han sido mal relacionados a lo largo del fenómeno humano en las especulaciones filosóficas, jurídicas, políticas, económicas, laborales, artísticas, religiosas, familiares, etc. Estas malas relaciones conceptuales entre sexualidad y tipo de inteligencia han traído malas consecuencias en el concepto de dignidad humana, con una antropología discriminatoria, insultante e injusta, por lo tanto, inmoral y antiética. Para ilustrar este lastre conceptual, retomemos la cultura helénica que ha sido paradigmática en la construcción de Occidente.

La cultura helénica, con todo lo suyo positivo y negativo, se extendió desde Grecia y Egipto hasta la India, con Alejandro Magno, Rey de Macedonia (356 a. C. 323 a. C.), penetró en Occidente como corriente intelectual y artística, llegando a su esplendor en el Renacimiento (siglos XIV a XVI), se convirtió en el gran referente de pensamiento de nuestros filósofos europeos y americanos, pasó al cristianismo en apoyo de la búsqueda de asidero académico de los teólogos y de inculcación de la iglesia en el ambiente imperial, inspiró las luchas políticas libertarias democráticas en contra del feudalismo y del despotismo real, con el latín fortaleció la creación de las lenguas romances y del lenguaje técnico de las ciencias actuales. Grecia, además, se convirtió en el ícono del deporte mundial con las olimpiadas.

La grandeza de la cultura griega ha llegado hasta nosotros por varios caminos y nos ha marcado en la manera de pensarnos y de pensar el mundo. Recibimos de ella los grandes fundamentos de la lógica, la ética, la democracia, la organización de la vida ciudadana (polis), las artes arquitectónicas, escultóricas y literarias, la apertura trascendente del ser humano y un largo etcétera de enseñanzas filosóficas y teológicas que buscan la verdad de las cosas, su inteligencia y sentido, y la manera racional de expresar dichas verdades. Los griegos depuraron el pensamiento mítico de aquellas creencias esclavizantes del ser humano; mitos con los cuales los dioses, las religiones, los fenómenos naturales, el destino y los más poderosos manipulaban a su antojo la vida de las personas y la administración de lo público. La emancipación de esas creencias absurdas la encontraron los griegos en el empoderamiento de la razón crítica, con la cual se hicieron conscientes de sus alienaciones, emprendieron el combate educativo de la mano de los sabios contra sus ignorancias, desarrollaron la ética para dar soporte a la vida civil en la construcción política de la ciudad-estado y se hicieron cargo de las responsabilidades propias en la vida social. Aunque no lograron deshacerse del lenguaje mitológico, tampoco nosotros,⁴ sus nuevos mitos, como el de Prometeo, fueron socavando los arcaicos y haciendo ganancias en la libertad. Esta lucha intelectual libertaria que recibimos de la cultura griega la continuaron los padres de la Ilustración (siglo XVIII), después del Renacimiento.

⁴ Vale aclarar que el lenguaje mitológico es inherente a los diversos tipos de racionalidad humana. Existen ciertas comprensiones profundas de la realidad, verdades que exigen comunicarse en lenguaje mitológico porque no hay otra manera de hacerlo. Pensemos, por ejemplo, en las artes, en el pensamiento sapiencial, en las ciencias psicológicas, en las educativas y en las teologías de las grandes religiones históricas. Lo importante es que el lenguaje mitológico y su imagería sean medios y no fines, a la vez que las verdades que comuniquen ennoblezcan al ser humano con su intencionalidad emancipatoria de todo aquello que le produzca daño alguno.

Y continuamos en esta lucha. No hemos ganado la guerra.

Un buen ejemplo que podemos citar de esa profunda riqueza conceptual es la palabra *λόγος*. Significa palabra, verbo, razón, inteligencia, lo real, el sentido de algo, lo que fundamenta dando armonía, espíritu que da unidad y existencia al ser de las cosas. Con base en estos significados, Occidente ha desarrollado diversas corrientes filosóficas, teológicas y psicológicas. Por ejemplo, desde el siglo V a. C., Heráclito ya hablaba de la unidad de las cosas en su comprensión del *λόγος*, lo que hoy podría entenderse como “todo está en todo y todo está relacionado con todo”.

Fijémonos en esta: la expresión plena de la capacidad racional es el *logos* (*λόγος*) que nos permite acceder al mundo eidético, único real, verdadero y perfecto, del cual todo lo material es una copia imperfecta conminada a identificarse perfectamente con el real eidético. Este doble mundo, eidético o de las ideas y el material o de las pasiones, propuesto por Platón y su escuela, lo heredamos los cristianos en el dualismo platónico-agustiniano de alma racional encerrada en un cuerpo material y mortal. El cuerpo, así considerado, es un lastre sombrío que aprisiona al alma, haciéndole penoso el tránsito por estos lares terrenales hacia el eidético. Este dualismo ha sido un precio muy costoso que hemos pagado en Occidente por verter el mensaje judeo-cristiano en las categorías filosóficas griegas.

El dualismo siguió su camino muy cercano al del maniqueísmo, distinguiendo de manera antagónica entre la luz y la oscuridad sin tonos grises, hombre y mujer subordinada al primero, solamente dos sexos humanos y represión a los diferentes géneros LGBTI, macho dominador y hembra sumisa, el hombre amo y señor de la Tierra, lo bello y lo feo, verdadero y falso, el amor o el odio, el bien y el mal, pecador o santo, la salvación o

la condenación eternas, y un larguísimo etcétera de polos opuestos sin matices y subordinados conflictivamente.

Esta cosmovisión filosófica griega penetró hasta los tuétanos de la teología cristiana europea academicista y se divulgó en Occidente con énfasis espiritualistas tipo *fuga mundi*, lo que significa que se le dio tanta importancia a conquistar anticipadamente la vida feliz que vendrá después de la muerte que infravaloró los compromisos morales del aquí y del ahora a favor del bienestar humano y de la casa terrenal. Gran parte de responsabilidad de la crisis social y ambiental que padecemos actualmente recae sobre esta manera dualista de pensar, con efectos en el individualismo que impera en nuestras sociedades. Crisis civilizacional tan severa que nos tiene al límite de la séptima extinción masiva del planeta, como consecuencia de que la realidad es compleja, todo está relacionado con todo y no nos hemos dado cuenta de esta ley universal.

En la construcción de la *polis griega*, luego la romana, y en todo el resto de organizaciones políticas occidentales de inspiración democrática, el hombre y no la mujer se apoderó del ejercicio filosófico, religioso, político, militar, económico, científico, deportivo y cultural para la gobernanza. El género masculino se apropió de la dignidad del *logos* bajo el supuesto de que poseía la inteligencia racional y la fuerza de dominio que de ella emana. Las mujeres, los minusválidos y los esclavos, como también las personas campesinas, artesanas y las que se ocupaban de otros oficios serviles, por no ser ilustradas intelectualmente no participaban activamente de las actividades importantes de la sociedad, de la polis. Y no eran ilustradas por ser consideradas de capacidad racional inferior a la de los hombres sobresalientes. De allí uno de los orígenes del machismo y la lucha histórica de las mujeres por conquistar derechos igualitarios con los varones.

Más de una inteligencia

Recientemente, las pesquisas evolutivo-cognitivas, psicológicas y neurocientíficas nos hablan de “Inteligencias múltiples” (8 tipos de inteligencias según Howard Gardner, 1983, y sus seguidores de la Universidad de Harvard) las que, a nuestro juicio, son talentos, capacidades o potencialidades específicas e interrelacionadas de dos tipos de inteligencias: racional y emocional. Históricamente no se distinguían, pero se le daba toda la prelación a la caracterizada hoy en día como racional: de pensamiento abstracto, analítico, crítico, de conexidad causa-efecto, expresado en lenguaje matemático o filosófico, con fórmulas teóricas y de refinado lenguaje académico.

Las pruebas de cociente intelectual (IQ) fueron construidas para detectar este tipo de lógica racional como si fuese la única o más confiable forma de cognición, por eso se han venido a menos o relativizado mucho una vez que se conocen otras formas de inteligencia igualmente valiosas que interactúan. También, y cargando con prejuicios ancestrales, se ha creído equívocamente que la inteligencia emocional es típica de las mujeres y de algunas reacciones psicopatológicas. Por ejemplo, se suele decir despectivamente “esta persona es muy emocional”. De manera semejante, se dice de quien es demasiado cerebral “esta persona es de sentimientos planos, es un indolente”. Ambos extremos son malos.

Para nuestro caso, también los estudios que se han realizado del desarrollo de la conciencia moral llevan la marca de la inteligencia racional. En este ensayo intentaremos abordar el tema desde la mirada de la inteligencia emocional que, en el proceso evolutivo humano precedió a la racional y continúa vigente. Siguen actuando juntas en la vida ordinaria, ambas muy valiosas, las dos humanizándonos, aunque en la toma de decisiones importantes se intente minusvalorar la inteligencia emocional, cosa en la que se

empeñó la Ilustración con su hija la Edad Moderna y las tecnociencias, sus nietas. Hoy en día, comenzada ya la “Cuarta revolución industrial”, tendremos que hablar, además, de “Inteligencia artificial”, una biznieta insospechada de la Ilustración.

En coherencia con la participación de las dos inteligencias, nos reconocemos como agentes morales responsables de nuestras acciones, sólo en cuanto hagamos comprensión de nosotros mismos y del mundo, como resultado de tener activas las potencias intelectuales que dan lugar a la conciencia intencional del yo y sus relaciones intersubjetivas en el hábitat. Y en todo esto tendremos al cuerpo como el espacio-tiempo de nuestra conciencia moral.

¿Qué dicen algunos filósofos, psicólogos y neurocientíficos?

Aprovechando el trabajo de Ana Lucía Cervio y colaboradores sobre sociología del cuerpo, citado en la bibliografía final, podríamos decir que a partir del cuerpo y a través de él, el ser humano dispone los sentidos orgánicos y sociales a percibir el mundo y a percibirse en el mundo, lo que constituye la base del conocimiento. (Merleau-Ponty, 1985). Los cinco sentidos son simultáneamente orgánicos y sociales, pues establecen puentes comunicacionales de doble vía entre el yo y la otredad, convirtiendo la materialidad de las sensaciones cargadas de mensajes emocionales en respuestas de contenido psico-mental. Vale decir, en conocimiento emocional-racional que va construyendo relatos históricos del modo de sentir y sentirse en múltiples relacionalidades. Dichos relatos hilvanan la conciencia autobiográfica como experiencia vivida de lo sentido, de manera conflictual entre el dolor y el placer, en un cuerpo sensorial convertido en continente y contenido de vivencias propias y ajenas, de subjetividades circunscritas al espacio-tiempo con responsabilidad histórica. (Scribano, 2007, 2009, 2011).

Con el filósofo Adam Smith (1723-1790) encontramos, primeramente, la propuesta de construir el razonamiento moral a partir de “La teoría de los sentimientos morales” (1759) que originan “simpatía” entre las personas y es fuente de felicidad por su conexión con las preferencias subjetivas que establecen vínculos intersubjetivos placenteros que conducen a la mutua aceptación, respeto y aprecio. A partir de este razonamiento moral, Smith propone su concepto de economía liberal de mercado en su libro “La riqueza de las naciones”, el que muchos economistas han interpretado como el ideario del interés propio, del lucro y del poder.

En este artículo nos ocuparemos de la primera propuesta de Smith, la de los sentimientos morales, poco o nada desarrollada por las fuerzas económicas clásicas, en cuanto está íntimamente relacionada con la tendencia humana hedonista de maximizar el placer y disminuir el dolor, reflejada en la búsqueda utilitarista de bienestar expresada como la mayor felicidad para el mayor número de ciudadanos (fundamento de la ética utilitarista propuesta por Jeremy Bentham y Stuart Mill), además de lo que hoy se concibe como “inteligencia emocional”, también “inteligencia social”,⁵ capacidades estas que favorecen nuestras relaciones empáticas y asertivas con las personas. Estos tipos de inteligencia preceden, estimulan y acompañan el desarrollo de la “inteligencia racional” propiamente cognitiva y abstracta del ser humano, que nos diferencia de las otras especies.

Hoy, con los aportes de la psicología, a la “simpatía” smithsoniana la podríamos llamar “empatía”, que viene siendo lo mismo. La empatía es una acción emocional-afectiva del individuo

que establece parentesco moral con los sentimientos ajenos como si fuesen los propios, condición básica para la cooperación y convivencia socioeconómica. Todo ser humano tiene la capacidad de *simpatía* que, según Smith, consiste en “ponerse en el lugar del otro”, de sentir con el otro y de acogerlo con sentimientos amables como los que uno mismo deseara para sí por parte de los demás. Smith estaba influenciado por el pensamiento de su amigo David Hume, quien afirmaba en sus libros *Tratado de la naturaleza humana* (1739), *Investigación sobre el entendimiento humano* (1748) y su obra completa *Ensayos morales y políticos* (1742) que todo conocimiento proviene de la experiencia sensible, percepciones captadas por los órganos de los sentidos y reflejadas en las ideas.⁶

Esta simpatía, vale decir, comunión de emociones y afectos básicos naturales bio-psico-sociales entre las personas y de ellas con el entorno, da lugar a desarrollar lazos morales históricos de reconocimiento de lo ajeno y lo propio, del mundo exterior y el interior, con sentimientos de amistad, amor, compasión, misericordia, solidaridad, cooperación, justicia, respeto mutuo, confianza, convivencia pacífica próspera y libre. Todo lo anterior, en el imaginario de Smith, favorece la creación de la economía solidaria que es viable en comunidades pequeñas y cerradas, de comunicación cara a cara, donde priman el altruismo y la cooperación, como serían los casos de la propia familia y de grupos indígenas en estado primitivo. No parece viable en comunidades grandes, abiertas y competitivas

⁵ Goleman, Daniel. (2006). *Inteligencia social*. Barcelona: Editorial Planeta. Dice Goleman: “El cerebro emocional responde a un evento más rápidamente que el cerebro racional”.

⁶ *Nihil est in intellectu quod prius no fuerit sub sensu*. Nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos. Este axioma filosófico aristotélico-tomista, fue difundido por la escolástica medieval y asumido por los empiristas del siglo XVII-XVIII. Es un axioma o principio que no requiere demostración, puesto que todo nuestro sistema cognitivo parte de los insumos sensoriales que percibimos de nuestro entorno por los órganos de los sentidos. A través de la percepción del mundo exterior vamos construyendo nuestro mundo interior y la comprensión conceptual de ambos.

donde prima el egoísmo del lucro, como en las sociedades actuales interconectadas y de mercado libre. En estas últimas pueden existir algunas instituciones solidarias como las cooperativas, mutuales, grupos religiosos, obras sociales, instituciones sin ánimo de lucro, etc.⁷

Los sentimientos serán positivos y proactivos si son gratificantes y si existen recursos abundantes para ser distribuidos equitativamente dentro del grupo social. Si no lo son, se generan rupturas comunicacionales con los otros y el entorno, con reacciones de aislamiento e individualismo; o competitividad y hasta conductas hostiles. Esto es lo que ha sucedido en el sistema capitalista con la propuesta filosófico-moral-económica de Adam Smith, pues no tuvo en cuenta los conceptos darwinianos de la lucha por la supervivencia ante recursos escasos y el éxito de los mejor adaptados al entorno porque tienen mejores oportunidades y competencias.

La simpatía nos habilita para acoger o rechazar las conductas ajenas, lo que a su vez son acogidas o rechazadas las más si producen beneficios o perjuicios, si son útiles y gratificantes para ambos agentes, lo que hace viable la convivencia social y sus intercambios económicos. Por consiguiente, de los sentimientos morales nacen la moral y la ética ciudadana que no son otra cosa que el modo correcto de morar comunitariamente, pues los egoísmos personales se atemperan con el esfuerzo altruista y útil de velar por los intereses ajenos como yo velo por los míos, lo que aporta placer, goce de la vida, felicidad a las personas que comparten

simpatía mutua y favorece la convivencia justa y en paz. De esta manera, los sentimientos morales de simpatía dinamizan las relaciones sociales, económicas y políticas a favor del bien común, lo que pretendía el filósofo-economista Adam Smith. Otro tanto piensan Jeremy Bentham y Stuart Mill, con su propuesta ética utilitarista de la mayor felicidad para el mayor número de personas. Lo que la economía debe optimizar como riqueza es el mayor bienestar que aporte mayor felicidad para el mayor número de personas.

Dicho esfuerzo altruista de compartir sentimientos morales con otras personas debe ser, para Smith, el fundamento del “Pacto social” propuesto por los contractualistas como Hobbes, Locke e Rousseau, y no al contrario, porque los sentimientos morales preceden a la organización política y económica de los ciudadanos sirviendo de *conciencia individual* para ello, a modo de “espectador imparcial” que pervive en el pecho de cada individuo para distinguir entre lo cierto y lo errado.

Los sentimientos morales básicos son, entonces, el producto de la armonía *no* intencional de intereses, por tanto, de *no* conciencia intencional explícita. El aporte ético de los sentimientos morales propuesto por Smith y, especialmente por aquellos autores de la inteligencia emocional, es muy valioso para la eco-bioética tal como lo contextualizamos con la *bioempatía* en la última parte del presente ensayo. Todos exploremos la capacidad afectiva humana, la que debemos extender también a la naturaleza.

El mundo del afecto, más que el de la razón y sus conceptos abstractos, debe ser el punto de partida para toda propuesta ética, porque antes de llegar evolutivamente a nuestro estatus de seres racionales, fuimos y seguiremos siendo seres emocionales. En el punto de llegada, la inteligencia racional

⁷ El Papa Francisco invita a la construcción mancomunada de un nuevo orden económico mundial con base en la solidaridad y el cuidado de la casa común, tema que pasa de nuevo por los aportes de Adam Smith sobre “La teoría de los sentimientos morales” y una ética de la empatía emocional que nos haga reconocernos unos a otros en el rostro ajeno, especialmente de las personas más vulnerables. Esperamos que el después de la pandemia del Coronavirus nos acerque a este ideal del Papa Francisco.

debe rendir cuentas de la inteligencia emocional que se le ha confiado para administrarla con sabiduría. Y la sabiduría es el conocimiento práctico embarazado de sindéresis que proviene del discernimiento trascendente. Porque también somos seres espirituales que trascendemos lo espacio-temporal. No lo olvidemos. Van Rensselaer Potter, científico investigador en bioquímica del cáncer y padre de la Bioética, dice de la sabiduría que es “Aquel conocimiento que necesitamos para orientar correctamente el conocimiento”.

Más allá de Adams Smith, y ya en nuestros días, Anthony J. Steinbock⁸ escribe en su último libro que las emociones morales son aquellas experiencias que pertenecen al dominio de los sentimientos. Advierte que no son experiencias aisladas, episódicas, cerradas en sí mismas, sino que se articulan emocional y noéticamente unas con otras visibilizando progresiva y simultáneamente el yo personal en su relación con la naturaleza y las otras personas del entorno, convirtiéndose en emociones o sentimientos sociales.⁹ El cuerpo es el

espacio y el tiempo de estas realidades. Sin el cuerpo humano, ninguna de estas experiencias morales existiría. Esta visibilización cognitiva es una revelación dinámica de la identidad personal que lleva consigo la parusía del “sí mismo”, la conciencia moral en los estudios de Jean Piaget y Laurence Kohlberg.¹⁰ En consecuencia, las emociones morales son “vivencias espirituales” de diferentes grados de intensidad en el espacio-tiempo-cuerpo de los sentimientos que revelan el yo personal con su intencionalidad en las relaciones interpersonales, puesto que los sentimientos atraviesan la psique y la razón de manera unificada e imprimen un fin, sentido o propósito a la acción relacional.

Jean Piaget, Laurence Kohlberg y Carol Gilligan

Sobre el desarrollo de la conciencia moral es necesario detenernos en dos referentes obligados: Jean Piaget y más en Lawrence Kohlberg, quien continuó los estudios cognitivos realizados por Piaget, según las edades de los niños. Ambos autores comienzan definiendo la etapa premoral (Piaget) y moral preconvencional (Kohlberg) de los primeros años de la infancia. Ambos analizan las condiciones heteroconscientes y las autoconscientes, diferidas en el número de las escalas etarias y las singularidades de cada una de ellas. Kohlberg pormenoriza los análisis y propone la “preocupación y conciencia sociales” como la puerta de entrada a la adultez de la autoconciencia moral y el paso a la moral posconven-

⁸ Steinbock, A. J. (2014). *Moral Emotions: Reclaiming the evidence of the Heart*. Northwestern Univ Pr. Steinbock propone tres categorías de emociones morales. Categoría 1: emociones de auto-daditud (emotions of self-giveness) orgullo, vergüenza y culpa. Categoría 2: emociones de posibilidad: arrepentimiento, esperanza, desesperación. Categoría 3: emociones de otredad (otherness) confianza, amor, humildad.

⁹ Antonio Damasio, neurocientífico, habla de varios grupos de emociones. Unas son emociones de fondo. “Las emociones de fondo son parientes cercanas de los estados de ánimo, de los cuales difieren porque tienen un perfil temporal más circunscrito y porque la identificación del estímulo es más aguda”. Cita dos ejemplos: el entusiasmo y el desaliento. En el segundo grupo propone las emociones sociales. “Los ejemplos de las principales emociones sociales fácilmente justifican esta manera de designarlas: compasión, vergüenza, lástima, culpa, desdén, celos, envidia, orgullo, admiración. Se trata de emociones que, de hecho, se desencadenan en sociedad y sin lugar a dudas tienen una importancia destacada en la vida de los grupos sociales”. “Las emociones sociales incorporan una serie de principios morales y forman una base natural para los sistemas éticos”. Damasio, A. (2010). *Y el cerebro creó al hombre*.

¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo? Barcelona: Ediciones Destino, p. 197-199. Habla también de los sentimientos corporales primordiales, “Son imágenes sentidas del cuerpo, sentimientos corporales primordiales, el origen de todos los demás sentimientos, inclusive de los sentimientos de emociones”. Idem, p. 289, 46, 48

¹⁰ Piaget, J. (1932). *The Moral Judgment of the Child*. Ed. Free Press.
Kohlberg, L. (1981). *The Psychology of Moral Development. Moral Stages and the idea of justice*. San Francisco: Harper & Row Publishers.s

cional que difícilmente logramos, en plenitud, los adultos, por sus altas exigencias de sacrificio a favor del altruismo como ejercicio pleno de la libertad.

Cuatro aspectos fundamentales aparecen en el discurrir de Kohlberg:

1. El individuo, en su primera etapa de desarrollo (de 0 a 2 años), por no haber desarrollado ciertas facultades físicas y psíquicas, asocia lo bueno con lo sensible y gratificante. O sea, con aquello que le permite una estimulación de su sensibilidad o una satisfacción inmediata de sus pulsiones. Y asocia lo malo con lo no gratificante o lo displacentero. A esta etapa se le denomina anomía.
2. En un segundo momento, el individuo tiene la disposición psíquica para introyectar normas, principios y valores vigentes de su entorno socio-espacial. Durante esta etapa denominada heteronomía, el individuo identifica lo bueno con lo mandado, con lo legal o lo prescrito por la autoridad. Es la etapa de los por qué, de las quejas respecto de los comportamientos de sus coetáneos que no se ciñen a la norma, etc. Esta etapa (de los 2 a los 9 años), es la adecuada para educar a los niños en parámetros de afectividad que mitiguen el “yo captativo” o egoísta, para formarles su dimensión religiosa y para establecer los marcos de socialización que abran el yo a los otros en relaciones de lo justo y lo correcto, lo que se logra con las dinámicas del juego entre pares y la colaboración grupal que aporte gratificaciones o sanciones sociales. Es generalmente una etapa de imposición coactiva de criterios, ya que su aprehensión del mundo identifica bondad con normatividad y maldad con ilegalidad, entendiendo por legalidad la disposición autoritativa de los grupos, de los padres, de la escuela y de la sociedad. Jugar es fundamental

para el desarrollo físico, psicológico, social, cognitivo y moral. En el juego se aprende a compartir, a moderar el egoísmo y a interiorizar reglas de convivencia social.¹¹

3. En un tercer momento, el individuo vive un proceso de búsqueda de identificación con cierto grupo social o quiere buscar aceptación con cierto tipo de personas. Esta etapa denominada socionomía, viene dada por una identificación de lo bueno con lo consensual, con lo que se usa, con lo avalado por el grupo, por la moda. En este momento, el individuo busca niveles de socialización más amplios, por lo cual quiere insertarse en grupos más englobantes que la familia y se interesa por la heterosexualidad. Esta etapa más o menos corresponde a la preadolescencia y a la adolescencia.
4. En un cuarto momento, el individuo accede a la autonomía-relacionada, que es aquella etapa del desarrollo moral en la que el individuo tiene un juicio crítico personal y fundamentado que le permite orientar sus decisiones hacia fines discernidos dentro de su proyecto de vida. La autonomía es una dimensión de la conducta en la que el sujeto toma sus propias decisiones de manera consciente y responsable. En ella tiene la capacidad de actuar altruísticamente, de luchar con sacrificios por sus convicciones, independientemente de si le gratifica sensiblemente o le displace, de si está mandado o prohibido por la autoridad, de si está avalado o proscrito por la comunidad o por el consenso.

¹¹ Es muy importante hacer las preguntas por los casos del hijo único de las familias celulares contemporáneas y los entretenimientos con exceso de juguetes solitarios, tabletas, televisores, celulares, etc. Estos niños carecen, en su mayoría, de parientes de su misma edad con quienes compartir procesos de socialización, son conflictivos en el colegio y se crían sobreprotegidos por sus padres, o abandonado por uno de ellos. Cada vez son más las familias disfuncionales y las falencias afectivas de los jóvenes en todas las etapas de su formación.

Finalicemos la revisión de los excelentes aportes de Kohlberg al desarrollo de la conciencia moral con la síntesis que Diego Gracia Guillén, mi maestro de Bioética, hace de Kohlberg: «Cada una de estas fases se compone a su vez de dos niveles, lo que da un total de seis: el nivel 1, lo correcto se define en términos de obediencia a la autoridad y evitación de castigo; en el nivel 2, se considera correcto lo que sirve a los propios intereses y permite a los otros conseguir los suyos; el nivel 3 define lo correcto en el marco de las relaciones interpersonales, de acuerdo con los sentimientos y expectativas compartidas por el grupo; el nivel 4 considera correcto lo que mantiene el orden social, mediante la obediencia de la ley y el cumplimiento de los propios deberes; en el estadio 5, la conducta moral se define en términos de reglas y derechos básicos aceptados libremente por los individuos; y el estadio 6, el más elevado, define lo correcto de acuerdo con principios éticos universales y abstractos libremente elegidos. Aproximadamente el 20% de la población adulta no ha superado el estadio 2, en tanto que los estudiantes de medicina están generalmente en los niveles 4 ó 5».¹²

Vayamos ahora al pensamiento de Carol Gilligan, psicóloga y activista por los derechos de la mujer. Gilligan fue alumna de Kohlberg, conoció muy de cerca sus estudios, realizó los propios y entró en discrepancia con su maestro. Puso de manifiesto que, tanto Kohlberg como Piaget realizaron sus trabajos preferentemente con niños varones, partieron

de supuestos teóricos sobre la justicia como objetivo final de la conciencia moral, observaron el comportamiento evolutivo de los niños en función de dichos supuestos conceptuales y, finalmente, realizaron inferencias sobre las niñas quedando ellas en condiciones inferiores a los resultados de los varones.

Gilligan puso de manifiesto las condiciones educativas familiares disímiles entre niñas y niños, condiciones que crean diferencias en el desarrollo de la conciencia moral de unos y otras. A esto hay que agregarle las particularidades culturales y las diferencias de edades, puesto que el desarrollo bio-psico-social de las niñas es más rápido que el de los niños. Los oficios caseros son más recurrentes en la formación de las mujeres puesto que permanecen más tiempo en casa que los hombres, lo que propicia mayor precocidad de madurez en asumir responsabilidades en ellas. Todos estos oficios (limpieza de la casa, orden, ayudar a cocinar, colaborar en el cuidado de los hermanos menores y en la alimentación de los animales domésticos, más ser atenta con las personas mayores) los aprende pronto por la estrecha relación interpersonal de las niñas con sus madres y otras mujeres adultas que permanecen en casa. Los oficios domésticos y los juegos de niñas coadyuvan para desarrollar la conciencia moral femenina en función del *cuidado* de sí mismas, de las personas de su entorno familiar y de las cosas de la casa. Oficios similares se los refuerzan en la educación escolar y en la sociedad como lo esperado de los roles de madres y esposas futuras.

Así fue como Carol Gilligan, sin prejuicios teóricos o hipótesis alguna, formalizó observacionalmente sus estudios sobre la Ética del Cuidado, discrepando de los de Kohlberg sobre la Ética de la Justicia. Las mujeres hacen sus aprendizajes morales en el contexto experiencial de ser cuidadas por los adultos y de asumir responsabilidades de cuidadoras tempranas de los miembros de su familia

¹² Gracia Guillén, D. "La educación en Bioética. Principios fundamentales", en *Bioética, Seminario-taller educación en Bioética*, Serie documentos programa regional de Bioética OPS/OMS, Concepción, Chile, julio, 1995, p. 24.

También recomendando los cuadros sintéticos que sobre Kohlberg realiza en su artículo Jaramillo Franco, Rosario. "Los aportes de la psicología del desarrollo del juicio moral a la enseñanza de la historia", en *Universitas Humanística*, Facultad de Ciencias Sociales Educación, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1993, enero-junio, p. 109 y 110.

y de su hábitat, personas y cosas reales, tangibles, individuales, con las que establecen vínculos afectivos de empatía y compasión, de larga permanencia en el tiempo que terminan convirtiéndose en la verdad moral que practican y defienden, y generan patrones de identidad de recordación frecuente. Los hombres reciben prioritariamente una formación más formal, racional y abstracta sobre lo social, más en función de normas, derechos y obligaciones de lo general y común a todos los seres humanos para la convivencia. Esta visión global, abstracta y normativa está hilvanada por criterios universales de justicia que se aprenden a lo largo de toda la vida, en un transcurso de heteroconciencia hacia autoconciencia de difícil arribo. El más alto nivel de autoconciencia moral en términos de justicia es el altruismo, la filantropía, que implica liberarse de intereses egoístas para velar por las necesidades ajenas. Y este nivel es de difícil arribo. Pocos lo logran.

Finalmente, no quedamos satisfechos con ninguna de las dos posiciones por separado, la de Piaget-Kohlberg o la de Carol Gilligan, como si fuesen antagónicas o paralelas. Tampoco están satisfechos los psicólogos educativos y sociales Rest y Knowles, quienes propenden por una opción integrativa ideal entre las éticas de "justicia y cuidado". Tanto a los hombres como a las mujeres se les debe formar integralmente como personas simultáneamente justas y cuidadoras, para que la sociedad crezca en su espesor moral, sin ideología de géneros, sin discriminar roles morales adscritos al sexo como históricamente ha sucedido y con tantos daños. Ya no estamos para seguir con más de lo mismo.

Volvamos a la inteligencia emocional con Steinbock y otros

Los sentimientos humanos no pueden ser considerados como simples fenómenos biológicos de estímulo-respuesta

del organismo ante información emitida por agentes externos o internos, porque el ser humano es una unidad sustantiva bio-psico-racional-espiritual que actúa con otros intersubjetivamente, esto es, de manera afectivo-espiritual trascendente que revela la "yoidad". Esta revelación es la conciencia de ser-existiendo. De darse cuenta de que se da cuenta, como interacción dinámica de las inteligencias emocional y racional. Así, pues, nuestros sentimientos están preñados, desde muy temprana edad, de capacidad cognitiva mínima acerca de la individualidad que nos separa y nos une con el resto de personas, aunque no todavía de la conciencia analítico-ética del bien y del mal, la que se adquiere progresivamente a lo largo de la vida en la dinámica de socialización y educación, como lo analiza Kohlberg.

Esta elemental cognición de la identidad moral con base en emociones y sentimientos no es reducible a la racionalidad, como tampoco la racionalidad es la única potencia humana capaz de dar cuenta de la identidad moral del individuo humano. Para Steinbock, como él mismo lo dice en el título de su último libro, las emociones morales son "evidencias del corazón" porque son "vivencias espirituales", como ya lo describimos anteriormente. Finalmente, las emociones morales que Steinbock organiza en tres categorías con gran finura analítica y que no son objeto de nuestro estudio, son morales o inmorales en cuanto nos abran o nos cierren a las relaciones interpersonales.

El sentimiento moral forma parte substancial de la creciente capacidad cognitiva humana. Aporta información emocional, vivencias sensoriales que, por repetidos aprendizajes de ensayo y error, mueven la voluntad hacia la toma de conciencia intencional acerca de lo que previsiblemente puede ser bueno o malo, justo o injusto para el individuo, para los congéneres y para la naturaleza. Esta información emocional

nos advierte, de manera experiencial, de aquellas acciones que pueden hacernos daño y dañar también a terceros para que avancemos progresivamente hacia la construcción cognitiva de juicios valorativos y asumamos un curso de acción razonable, asumiendo las consecuencias inmediatas y futuras de nuestras decisiones. Recordemos que fuimos y seguimos siendo primeramente animales sensoriales, sintientes, que evolucionamos hacia la racionalidad y la espiritualidad.

Es así como nuestra percepción corpóreo-sensorial de estímulo-respuesta que nos relaciona con el mundo, atrapa las señales que emite nuestro entorno espacio-temporal y las convierte en mensajes benefactores o amenazantes para nuestra supervivencia, y esto es lo que llamamos “conciencia refleja” que compartimos con todos los otros seres vivientes del planeta con diferencias graduales. Y dichos mensajes sensoriales alimentan nuestra capacidad racional que discierne conscientemente juicios morales de carácter intencional, pues volitivamente conducen luego a la acción. Esto es lo que llamamos “conciencia intencional”, donde las emociones y la razón se aparean en el lóbulo prefrontal del cerebro, según los datos actuales de las neurociencias que detectan diferencias sutiles físicas y emocionales entre los sexos masculino y femenino. Así, pues, las emociones, pasiones o sentimientos constituyen la información sensitiva primera que moviliza la volición para que el cerebro las procese y convierta racionalmente en decisiones morales. ¿A esto se refería Aristóteles cuando distingue entre “alma sensitiva” y “alma racional”?¹³

El sentimiento moral se ha fortalecido a lo largo de nuestra doble evolución biológica y cultural, tensionándonos hacia procesos trascendentes de espiritualidad,

vale decir, de humanización. Esto es, como especie, ser cada vez más responsables con nuestro devenir para mejorar nuestra condición de seres bio-psico-sociales en comunión ecosistémica. Pero también se individualiza y crece en cada una de nuestras pequeñas biografías con nuevos gradientes cognitivos propios de la inteligencia emocional, del mundo del afecto y socialización, que colectivamente dejaremos en herencia espiritual a las próximas generaciones como legado cultural.

La inteligencia emocional es un modo de conocer que divulgó Daniel Goleman y otros, y radica en la capacidad que hombres y mujeres tenemos y desarrollamos para comprender nuestras propias emociones (autoconocimiento, autocontrol y automotivación) y las de las personas con quienes interactuamos, facilitando relaciones de empatía y bienestar que influyan positivamente en los otros para desarrollar tareas comunes con el mínimo de estrés y resolución efectiva de problemas.

Si gestionamos correctamente nuestra inteligencia emocional para que el cerebro secrete *Serotonina*, y esto lo haremos con la educación familiar, escolar y empresarial, seremos más amigables, positivos, propositivos, dispuestos al cambio, menos conflictivos, mejores esposos y padres, más compasivos, menos egoístas, competentes sin ser competitivos, entusiastas, festivos, divertidos, reconciliadores, resistentes a las frustraciones, colaboradores y un generoso etcétera de sentimientos morales que harán la vida más saludable y feliz. A hombres y mujeres nos tienen que educar apropiadamente para ser amorosos, tiernos, pacíficos y compasivos, lo que nos conducirá a mejores posibilidades sociales adaptativas con su respectivo bienestar personal y ajeno a favor de una correcta autoestima. La educación de la inteligencia emocional también nos dispondrá a cambiar nuestras actitudes destructoras del hábitat y

¹³ Aristóteles, en la *Ética* de las virtudes, distingue entre “alma sensitiva”, donde toman asiento las virtudes, y el “alma racional”, que se ocupa de las opciones prudenciales y del saber contemplativo.

haremos sinergias con las dinámicas resilientes de la naturaleza, como lo hacen la mayoría de las comunidades indígenas.

Se ha comprobado que las empresas más exitosas son aquellas que disponen de empleados con mayor inteligencia emocional. A su vez, dicha inteligencia se puede estimular institucionalmente. Pero si en vez de *Serotonina* estimulamos la producción neuroquímica de *Cortisol*, tendremos personas negativas, pesimistas, egoístas, temerosas, envidiosas, agresivas, depresivas, hurañas, resentidas, amargadas, de mal genio, no sociables. Por tanto, de baja autoestima. Hoy podríamos decir que el *Cortisol* es un pésimo compañero del desarrollo de la conciencia moral.

En consecuencia, los sentimientos morales se expresan como altruismo y filantropía de manera estética en las artes, las religiones y en la construcción de civilidad. Se visualizan dichos sentimientos morales como valores espirituales: en actos de respeto, amor al prójimo, caridad, humildad, compasión, perdón, ayuda mutua, tolerancia, actos humanitarios, servicio desinteresado, solidaridad, sacrificios heroicos, condolencia, alegría de vivir, ternura, celebración jubilosa y memoria histórica de hitos altamente significativos para las personas y la comunidad.

En esto consiste la moral, en la conciencia del deber ser que da responsabilidad y sentido gratificante a la vida, gracias al sentimiento moral o percepción emocional acerca de lo que es bueno o malo para el sujeto y su entorno eco-social, favoreciendo la convivencia con valores morales que aporten beneficios para todos. Es bueno lo que lo que nos hace más humanos y malo lo que nos deshumaniza y destruye. Y la ética consiste en la reflexión filosófica, es decir, racional, acerca del conjunto de sentimientos morales convertidos ya en conductas sociales.¹⁴

¹⁴ La ética vivida es la moral y la moral pensada es la

De esta manera, el sentimiento moral, individual y colectivo, avanza históricamente fortaleciendo las capacidades cognitivas innatas de nuestra especie, logrando que ética, justicia y estética vayan juntas, pactando manuales universales de convivencia en paz que hoy llamamos Derechos humanos. Estos avances culturales tienen su fundamento en el desarrollo racional, inteligente, consciente e ilustrado con tres condiciones necesarias. “Estas condiciones son: 1. la capacidad de anticipar las consecuencias de las acciones propias, 2. la capacidad de hacer juicios de valor, y 3. la capacidad de escoger entre cursos alternativos de acción”.¹⁵ A través de la interacción dinámica de estas tres capacidades en la vida diaria se construye la libertad y con ésta la dignidad.

Así y sólo así, conocemos, reconocemos y edificamos interactivamente nuestro YO individual y social, nuestra subjetividad e intersubjetividad, nuestro modo de ser. Vale decir, nuestra propia y variopinta naturaleza humana con sus diferencias de género y relacionalidades comportamentales. Y nos apropiamos de ella como lo más valioso de lo que somos y tenemos, pues somos interioridad espiritual con cuerpo biofísico que la contiene y expresa, en interacción con los otros seres humanos y el entorno natural. Somos cuerpo-espiritual, una sola realidad fortalecida como unidad sustantiva, producto siempre inacabado y perfectible de la evolución biológica y cultural.

Este largo caminar evolutivo hacia adentro de nuestra interioridad va dando

ética. El ser humano es el único ser moral, puesto que en esto consiste su ÉTHOS, según Aranguren, José Luis. (1965). *Obras, Ética*, Ed. Plenitud: Madrid. Dice Aranguren: “La realidad moral es constitutivamente humana; no se trata de un ideal, sino de una necesidad, de una forzocidad exigida por la propia naturaleza, y por las propias estructuras psicobiológicas”.

¹⁵ Ayala, Francisco (1995), “La base biológica de la moralidad”, en *Revista Innovación y Ciencia*, Volumen IV, No. 2, p. 57.

a luz la conciencia¹⁶, donde mora el *éthos moralis* propio del *homo ethicus* que nos configura como *homo sapiens*, capaz de rendir cuentas a sí mismo y a terceros del ejercicio de la voluntad libre y de la razón ilustrada que ofrecen argumentos trascendentes, es decir, previsores de futuros, para la toma de decisiones autónomas re-ligadas siempre al todo socio-ambiental. La conciencia moral es, entonces, el estado mental que articula ponderativamente las inteligencias emocional y racional para dar cuenta de mi yo en el mundo.¹⁷

Hacia una ecología integral con la fuerza del sentimiento moral

La inteligencia emocional es la más apropiada para construir una eco-ética que conduzca a respetar los Derechos de los animales y los de la Tierra, reconociendo nuestra hermandad con todos los otros animales no humanos y el hábitat. La inteligencia racional es antropocéntrica¹⁸ y no ecocéntrica. Ni siquiera ha

logrado ser biocéntrica, por mucho esfuerzo argumentativo que hayan hecho los mejores pensadores de Bioética. El antropocentrismo ético, tan ancestral (y hasta patológico) en Occidente, es el causante de la crisis ambiental y de la cultura, pues nos está llevando a ser ecodivas y a la vez suicidas.

Con la inteligencia emocional accedemos directamente a los sentimientos morales y a la sabiduría sapiencial. Estos envuelven las relaciones altruistas de cooperación de los seres humanos que nos llevan a acogernos entre sí como parientes, por empatía emocional, y que deben también incluir a la comunidad ecológica, piensa Aldo Leopold (en la "Ética de la Tierra", 1949),¹⁹ dado que lo ecológico es parte constituyente de la interioridad humana y viceversa, conformando así una comunidad biótica. Las emociones, suficientemente reflexionadas, son el puente seguro entre el yo y la altruidad, pues estas afirman y confirman la existencia real de los estribos del puente (yo-altruidad), haciendo viable la comunicación existencial de los seres en doble vía.

En este orden de ideas y siguiendo los datos de la ecología, dice Leopold: "una actitud es moralmente justa cuando tiende a preservar la integridad, la estabilidad y la belleza de la comunidad biótica". Leopold, además de proponer una ética comprometida con el bienestar de la tierra, inspiró con la tesis de "bioempatía" a otros tres pensadores de

¹⁶ "La conciencia es un estado mental o, dicho de otro modo, si no hay mente no hay conciencia; pero es un estado mental particular, puesto que se halla enriquecido con una percepción del organismo particular en el que funciona la mente, y ese estado mental incluye el conocimiento de que tal existencia está ubicada, de que hay objetos y acontecimientos a su alrededor. La conciencia es un estado mental al que se le ha añadido un proceso en que uno se siente a sí mismo". Damasio, Antonio, *oc*, p. 241.

¹⁷ Asistimos actualmente a un gran debate sobre la primacía de estos dos tipos de inteligencia. Si la Modernidad privilegió la inteligencia racional reprimiendo a la emocional, la Posmodernidad intenta rescatar el mundo de las emociones y sentimientos con sus exageraciones hedonistas. Hay reacciones de parte y parte. Nuestra posición es equilibrada. De vuelta al racionalismo contra la empatía podemos citar al psicólogo Paul Bloom y los comentarios que de él hace Pablo Malo en <https://evolucionyneurociencias.blogspot.com/2014/08/contra-la-empatia.html>. Recuperado el 8-04-2019.

¹⁸ El Papa Francisco, en la Encíclica *Laudato Sí*, rechaza el antropocentrismo porque nos ha llevado a la cultura tecnocrática: El valor intrínseco de cada ser, por minúsculo que sea, está destacado de manera permanente en la encíclica (n.69), como lo hace la Carta de la Tierra. Negando ese valor intrínseco estamos impidiendo que «cada ser comunique su mensaje y

dé gloria a Dios» (n.33). La mayor desviación producida por la tecnocracia es el antropocentrismo. Este supone ilusoriamente que las cosas solo tienen valor en la medida en que se ordenan al uso humano, olvidando que su existencia vale por sí misma (n.33). Si es verdad que todo está en relación, entonces «nosotros los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas y nos unimos con tierno cariño al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre Tierra» (n.92). ¿Cómo podemos pretender dominarlos y verlos bajo la óptica estrecha de la dominación?

¹⁹ Leopold, A. (1948). *A Sound County Almanac, with other essays on conservation from Round River*. New York: Oxford University Press, pp. 218-219.

ética ambiental: Van Rensselaer Potter²⁰, H. Rolston III²¹ y B. Callicott.²²

En defensa y extensión del concepto de “bioempatía” tenemos una lista numerosa de pensadores contemporáneos de bioética ambiental, entre ellos Peter Singer, que involucran en el sentimiento moral a todos los seres sintientes con los cuales compartimos capacidad de sentir y expresar experiencias de dolor, sufrimiento, alegría, bienestar, discrepancia y afinidad volitiva, comunicación, compañía, convivencia, colaboración y diversos gradientes de cognición.

En consecuencia, no es ético infringir dolor y malos tratos a los otros seres

sintientes, no proporcionarles el hábitat adecuado, ni someterlos a trabajos forzados sin descanso y alimentación correcta que les diezmen sus fuerzas. Los derechos de los animales se fundamentan en estos criterios de “bioempatía” y son una ganancia para ellos y para la auto-comprensión humana que enaltece y dignifica a todos. Es un gran avance en la humanización del mundo, extendiendo a este las aspiraciones de bienestar, justicia, felicidad y dignidad del homínido. Así mejoramos la comprensión del éthos.²³

Con Edgar Morin afirmamos que “La naturaleza no es solamente el sustrato ‘objetivo’ de la realidad antropológica: es también un producto antropológico. La cultura produce la naturaleza dándole rostro. La naturaleza existe con anterioridad a nosotros, fuera de nosotros, pero no sin nosotros”.²⁴

Es preciso reconocer, como hemos dicho, que lo “otro”, es decir lo ambiental, lo objetual, reclama condiciones de trato humano más a lo humano, incluyéndolo en la “otredad” de relaciones dignas entre sujetos, para que la falaz distancia que la filosofía occidental idealista ha establecido entre cultura y naturaleza no perpetúe el envilecimiento de la naturaleza por cuenta de una cultura de racionalidad exaltada, tecnocientífica, ecocida y suicida. Al respecto dice Enrique Leff: “La racionalidad ambiental se forja en una ética de la otredad, en un diálogo de saberes y una política de la

²⁰ Potter es considerado el padre de la Bioética, aunque el neologismo *Bio-Ethik* lo haya creado Fritz Jahr, en 1927. Potter nació en el Estado de Dakota del Sur, el 27 de agosto de 1911. Y falleció en Madison, Estado de Wisconsin, el 6 de septiembre de 2001, cuando acababa de cumplir 90 años. Trabajó más de 50 años en los Laboratorios MacArdele, en la Universidad de Wisconsin, investigando en bioquímica del cáncer. Perteneció a varias sociedades científicas y militó activamente en Unitarian Society of Madison, organización de inspiración cristiana que tiene como principio fundamental defender la integralidad de la vida. Los profesores colegas de Potter lo recuerdan como “un ser humano iluminado, preocupado por el cuidado humano de todo, para que todos pudiesen vivir, sin ninguna utopía, en un mundo estéticamente bello y sustentable, una vida satisfactoria y feliz”. (Memorial Resolution of the Faculty of the University of Wisconsin-Madison. On the death of professor emeritus Van Rensselaer Potter II. Faculty Document 1628, April 1 de 2002). Conocí personalmente al Dr. Potter y le prometí colaborarle en la construcción de la Bioética Global, aquella tarde de septiembre de 1995, cuando lo visité en su oficina de la Universidad de Wisconsin. Sus escritos inéditos que me compartía generosamente y su calidad y calidez humanas me dejaron huellas afectivas imborrables.

²¹ Rolston III, H. (1986). *Philosophy Gone Wild: Essays in Environmental Ethics*, Prometheus Books. Buffalo; ID., (1988). *Environmental Ethics: Duties to and Values in Nature*, Temple University Press, Philadelphia; ID., “Disvalues in Nature”, en *The Monist*, Nº 75, 1992, pp. 250-278. Como filósofo y pastor, insistió en que todos los seres de la naturaleza valen por sí mismos, valor ontológico y merecen respeto.

²² Callicott, J. B. (1989). *In Defense of the Land Ethic. Essays in Environmental Philosophy*. New York: State of New York University Press. Callicott siguió las enseñanzas de Leopold, las profundizó e impartió en la Universidad de Wisconsin la primera cátedra de ética ambiental.

²³ Dice Luis Carlos Herrera: “El éthos se refiere al *ser*, al talante. La moral, según el autor (Aranguren) se refiere al actuar, a la (*mos, moris*) costumbre”. ... El éthos se identifica con el carácter, con la personalidad moral adquirida por el hombre, apropiada a través de actos y hábitos, pues nunca el deber se puede separar del ser humano: las ideas, los bienes, los deberes parten del ser y vuelven a él, son pensamientos, bienes y deberes del *ser*”. Herrera, L. C. (2004). *Profetas de nuestro tiempo*. Secretaría de Cultura y Turismo, Gobernación del Huila, Javegraf, Bogotá, p. 233.

²⁴ Morin, E. (2002). *El Método II, La vida de la vida*. Madrid: Cátedra, (5ª ed.), p. 117-118.

diferencia, más allá de toda ontología y toda epistemología que pretenden conocer y englobar al mundo, controlar la naturaleza y sujetar a los mundos de vida”.²⁵

Y aunque cada ser, por el hecho de ser, vale ontológicamente por sí mismo, su religación ineludible a la totalidad establece interdependencias sincrónicas y diacrónicas de reciprocidad que hacen viable la existencia propia y ajena. Y el individuo humano, además, carga a sus espaldas una religación moral, una hipoteca de responsabilidad con el resto de criaturas para la sustentabilidad de ellas y suya, por el cuidado de ellas y del propio, en virtud del privilegio de la conciencia que tiene de sí mismo, de su “yoeidad”, y de ser la conciencia de la naturaleza.

En este orden de ideas y sentimientos morales florece con buen abono y vigor la “Ecología integral”, también llamada “Ecología humana” por el Papa Francisco en la Encíclica *Laudato Sí* (ns. 137-149). La ecología integral nos conduce a asumir con firmeza la responsabilidad humana, una vez que seamos verdaderamente conscientes del impacto tremendo de la actividad humana en las interrelaciones con los ecosistemas. Los sendos párrafos del Papa Francisco sobre este tema de su Encíclica transitan por la inteligencia emocional, la inteligencia racional y la oferta de espiritualidad cristiana.

En dicha espiritualidad se accede a comprender el gigantesco valor de lo femenino que ignoramos o menospreciamos en nuestras culturas marcadas de machismo patriarcal y de racionalismo engréido de nuestros tiempos modernos tecnocientíficos. Comprendemos que la vida, la estética, la naturaleza, la afectividad y la espiritualidad son sustantivos femeninos, tienen nombre de mujer. Son Eva. Son la “Pacha mama” de todas las etnias. Son la matriz de la vida. Son

la ternura que amamanta a sus hijos con pechos generosos y los arrulla en su regazo al ritmo melodioso de una tierna canción de cuna. La inteligencia emocional habla el lenguaje del corazón que nos vincula con la fecundidad primigenia, con el éthos fundante de cuanto podamos especular racionalmente acerca de la ética de la vida, con los ojos siempre vueltos hacia la ecología.

Así, pues, el Papa Francisco abre su mirada al cosmos y afirma que el universo está «compuesto por sistemas abiertos que entran en comunión unos con otros» (n.79), y concibe al ser humano íntimamente ligado a la tierra y demás habitantes de la casa común, porque «nosotros somos Tierra» (n. 2; cf. Gn 2,7), apoyando el pensamiento del poeta indígena argentino Atahualpa Yupanqui: «el ser humano es Tierra que camina, que siente, que piensa y que ama». «Todo está relacionado» (n.117), «todo está en relación» (n.120), afirmación propia de las teorías contemporáneas de la complejidad y del holismo que recorren transversalmente la Encíclica. Por tanto, lo social es simultáneamente ecológico y viceversa. Es un terrible error «no reconocer el valor propio de cada ser e incluso negar un valor peculiar al ser humano» (n.118). La interdependencia de todos con todos nos lleva a pensar «en un solo mundo con un proyecto común» (n.164). En consecuencia, la Encíclica *Laudato Si* se ocupa de lo ecológico y lo social como de una sola realidad empáticamente amalgamada por procesos evolutivos de materia-energía.

Con todos estos elementos anteriores, procesados unitariamente por las inteligencias emocional y racional, podemos inferir el concepto de *Ecología integral* como una metáfora moral que nos alerta sobre el valor intrínseco de cada ser y su sentido, para asumir una manera correcta de morar en paz en la casa de todos, desarrollando hábitos éticos de justa armonía con nuestro en-

²⁵ Leef, E. (2004). Racionalidad ambiental. México: Siglo veintiuno editores, p. XV.

torno social y natural para maximizar las condiciones de una vida digna para las actuales y futuras generaciones. La *Ecología integral* es el nombre del **buen**

vivir, estilo de vida diferente a la de la ecocida sociedad de consumo y desperdicio, porque podemos vivir mejor con menos, haciendo sinergias ecológicas por la vía de los sentimientos morales.

Bibliografía de referencia

1. Bisquerra, R. (2000) Educación emocional y bienestar. Barcelona: Praxis.
- Bisquerra, R. (2009) Psicopedagogía de las emociones. Madrid: Síntesis.
- Bisquerra, R. (Coord). (2011) Educación emocional. Propuestas para educadores y familias. Bilbao: Desclée de Brower.
- Bisquerra, R. (Coord.) (2012) ¿Cómo educar las emociones? La inteligencia emocional en la infancia y la adolescencia. Faros: Cuadernos.
2. Cavarero, A. (1995) *Corpo in Figure*. Filosofía e política della corporeità. Milano: Feltrinelli.
3. Cervio, A. L. (compiladora). (2012) Las tramas del sentir. Ensayos desde una sociología de los cuerpos y las emociones. www.estudiossociologicos.com.ar Recuperado 3-18-2019.
4. Damasio, A. (2010) *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?* Barcelona: Ediciones Destino.
5. Damasio, A. (2014) *En busca de Spinoza: neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona: Booket.
6. Delors, Jacques. (Coord). (1997) *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI, presidida por Jacques Delors*. UNESCO.
7. Gardner, H. (1983) *Frames of mind: The theory of multiple intelligences*. Basic Books.
8. Goleman, D. (1996) *Inteligencia emocional*. Barcelona: Kairós.
9. Herrero, Y., Cembranos, F., y Pascual, M. (cords) (2011) *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Hacia una cultura de la sostenibilidad*. Madrid: Libros en Acción.
10. Lynn, Adele B. (2000) *50 actividades para desarrollar la inteligencia emocional*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, p. 185.
11. Martínez, A.; Piqueras, J. A.; Inglés, C. J. (2011) *Relaciones entre inteligencia emocional y estrategias de afrontamiento ante el estrés*. Alicante: Universidad de Alicante.
12. Merleau-Ponty, M. (1985) *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini.
13. Riechmann, J. (2018) *Ecosocialismo descalzo. Tentativas (con contribuciones de Adrián Almazán, Carmen Madorrán y Emilio Santiago Muíño)*. Barcelona: Icaria.
14. Scribano, Adrián (Comp.) (2007) *Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones*. CEA-CONICET- Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.
15. Scribano, A. y Figari, C. (2009) "Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s) Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica". CLACSO-CICCUS
16. Scribano, A. y Ferreira, J. (2011) "Corpos em Concerto: diferenças, desigualdades, desconformidades" Recife Brasil: Editora da Universidade Federal de Pernambuco.
17. Triglia, A.; Regader, B.; García-Allen, J. (2018) *¿Qué es la inteligencia? Del CI a las inteligencias múltiples*. EMSE Publishing.